

JUGLARES ASTURIANOS

En la excelente obra de Menéndez Pidal sobre *Poesía Juglaresca y Juglares*, encontramos noticias de los que merecieron pasar a la historia con mayor o menor fama.

Trátase principalmente en ella, de los juglares de la poesía lírica, o de la narrativa, que figuraron en las cortes de Reyes y Magnates españoles, algunos, animadamente biografiados por el ilustre historiador.

De entre ellos no hay un solo nombre de juglar conocidamente asturiano, si bien podría serlo *Suero de Braña*, al que aquel autor considera «leonés, tanto por su nombre como por su apellido», y si el país de naturaleza a que se refiere Menéndez Pidal (1) no tienen el amplio sentido geográfico del antiguo reino, creemos que podría haber sido igualmente—o más bien mejor—asturiano o gallego, ya que individualizando más el apellido que el nombre, en general, hablaría en favor de la oriundez astur o galaica, la mayor abundancia de toponímicos de *Braña* en Asturias donde rebasan probablemente el cincuenta por ciento del total de los que de ésta familia se podrían encontrar en todo el norte de España (2). Aparte de éste juglar que podría ser asturiano, o de Galicia, a donde floreció una importante escuela de juglares líricos en los siglos XIII y XIV, solo otro encontramos nombrado en la referida obra, que podría ser de la montaña Santanderina al decir de Menéndez Pidal, con el nombre de Julián de la Moranga, y que como *Braña* andaba en la corte del Rey Alfonso V de Aragón. (3).

La densidad de trabajo acumulada por aquél en su obra, descendiende hasta una especie de inventario de la juglaría medievoal española, en forma de apéndice con notas documentales sobre algunos juglares conocidos, obtenidas a través de numerosas lecturas de libros y manuscritos, y tratando en el apéndice IV de aquéllos, dice «En las escrituras podrán hallarse muchas men-

(1) *Poesía Juglaresca y Juglares* por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1924, pág. 290.

(2) En efecto, la toponimia de *Braña* y sus derivados y compuestos deducida del «Índice general de entidades» publicado en el *Nomenclator Oficial de España* correspondiente al año de 1927, acusa un total de 88 nombres de lugar de los que nada menos que cincuenta corresponden a Asturias, repartiéndose el resto en la forma siguiente: 32 para Galicia, 3 para León, 1 para Zamora, y 1 para Palencia.

(3) A continuación del nombre Julián de Moranga escribe Menéndez Pidal entre paréntesis «Morancas en Santander» (op. cit. p. 290).

ciones de juglares» añadiendo a continuación una lista de doce sacada de documentos gallegos publicados por Martínez de Salazar y López Ferreiro.

A pesar de haber sido publicados no escasos documentos relativos a Asturias de los siglos en que aquellos oficios florecían, no conocemos ninguno en el que aparezcan calificaciones de *jugar* aplicadas a nombres personales.

En cambio hemos leído algunos documentos inéditos con nombres de personas calificadas como *juglares*, y que constituyen el objeto principal de la presente nota.

La más antigua de las referencias aludidas aparece en un libro de aniversarios de la *Cofradía de Nuestra Señora del Rey Casto*, y que sin foliar se conserva en el archivo de la Catedral ovetense. Leemos en una de sus hojas: «Era mcccxxxlll i die sanctae eu'aliae» dió Domingo Fernández con su muger a los clérigos y cofrades del Rey Casto una casa «*ye esta casa esta cerca de la casa de Pedro Domingiz fillo del iuglar*».

A ésta referencia del año 1261, podemos añadir otra del 1305 que consta en un documento de San Pelayo de Oviedo (1). Es una escritura de compraventa en la que figura entre otros como testigo un «*Nicolao Johans de Faro jugar*» y creemos a él podría referirse la cláusula que sigue a la lista de ellos redactada en esta forma «*Yo Nicolao la fize por mandado de Martín Johanis Excusador de Per Alfonso Notario público del Rey en Oviedo*» pues no se nombra en esta escritura mas Nicolao que el de Faro *jugar*, y como quiera que el del amanuense es el único que no lleva apellido ni sobrenombre, cabe suponer que tales omisiones obedecen a la circunstancia de que ambos nombres (el del testigo y el del amanuense) se refieren al mismo individuo, que habría comparecido como testigo, redactando al mismo tiempo el documento, pudiendo omitir algún sobrenombre que le individualizase más claramente por lo mismo que los había declarado poco antes, al llamarse de Faro y *jugar*.

Sin indicación alguna de fecha, nos encontramos en el libro llamado de Kalendas del Archivo de la Catedral de Oviedo, sin foliar, con la siguiente cláusula «*María ionannis uxor Pelagii ionannes iuglar: dimisit unam domum ena ferrería, ante domum quam tenebat Dominicus iohannis fratris Petri antonii*».

(1) Se halla esta escritura copiada en el Becerro del Monasterio de este nombre en los folios 489 a 491 encabezada de ésta manera: «Venta de Vrraca Andreo y otros otorgó a favor de Aldonza Alfonso su hija de una huerta en foncalada. Letra Q. 6 Los testigos aparecen nombrados de ésta manera «Presente García Frz. fillo de D. García Frz. Rodrigo Alfonso de la Rua, Ruy Johans. Cambador, Johan Pérez Huartero, Rodrigo Isidriz fillo de Esidro Pérez, Nicolao Johans de Faró jugar, e otros.

Del año 1333 tenemos otro documento en el que aparecen nombrados entre los testigos «*Johan Alfonso e Johan juglar moradores enna pobla*» refiriéndose a la de Gijón (1).

Tal vez no sería difícil alargar la lista de nombres calificados de *juglares* en una lectura más extensa de documentos asturianos inéditos correspondientes a los siglos del XIII al XV. Mientras se publican, nos parece de algún interés el dar a conocer los aquí anotados.

Hemos de hacer algunas advertencias finales. En cuanto al primero de los nombres atrás citados *Pedro Domínguez fillo del juglar*, cabe la sospecha de que el calificativo podría haber sido impuesto como sobrenombre o *alias*, y no porque el individuo en cuestión ejerciese el oficio de juglar. Lo mismo podemos decir en cuanto a *Juan juglar* del documento de San Pelayo. Nombres con carácter de apodo que en ocasiones heredan los individuos de una familia durante varias generaciones, existen por lo menos en documentos de siglos posteriores; aunque no estamos en condiciones de practicar una investigación sobre el asunto, no queremos dejar de consignar ésta observación.

Queda comprobada la existencia de juglares en Asturias, con las notas extraídas de los documentos que acabamos de mencionar. Ahora bien, ¿qué clase de juglares eran éstos? ¿Serían *ministriles* o simples músicos de los que animaban las fiestas y regocijos públicos, o tomaban parte en alguna festividad religiosa? ¿Serían tamborileros, gaiteros, o tañedores de zanfón o algún otro de los numerosos instrumentos que se usaron en la Edad Media? ¿Perteneían por el contrario al tipo más culto de juglar «*ombre bien razonado que sabía bien leer*»?

No parece probable que abundasen en Asturias los de ésta última clase más escogida. Por lo general actuaban éstos en medios de vida intelectual y económica más elevada de la que les podría brindar la lejana y pobre Asturias, buscando probar fortuna cerca de las cortes de Reyes y Magnates. Sin datos con que poder aclarar el género o categoría de éstos juglares asturianos, nos inclinamos a pensar que serían simples músicos, lo que no excluye la posibilidad de que alguno hubiera entre ellos de más altos vuelos dentro del oficio, y si el *Nicolao* que redactó el documento del año 1305 atrás aludido es el mismo *Nicolao de Faro juglar*, que en él figura como testigo, entra en la clase de los letrados, ya que sabía leer y escribir como el autor del *Alexandre* quería que supiese todo aquél que había de cumplir adecuadamente con su *mester* u oficio.

(1) Se halla ésta cláusula en una escritura de convenio que Aldonza Rodríguez Monja en el Monasterio de San Pelayo hizo con Rui Fernández de Joue sobre labrar por mitad los bienes que tenía en Santa Cruz do Joue, San Martín, y otras partes, y se conserva dicha escritura en el referido monasterio.

Por lo demás es inevitable la consideración de que entre el tipo más elevado de juglar y el simple ministril, habría toda una gradación de valores en el gremio de la juglaría, y con ella no habrían de faltar tipos mixtos que harían de todo un poco, solazando al pueblo que les recompensaba con su estipendio que si era escaso podía ser fuente de ingresos complementaria de los que obtenían de algún Señor, y de los municipios, que también les pagaban por ejercer el oficio en ciertas solemnidades

Así, en villas como Gijón, Avilés, o Llanes y desde luego en Oviedo habrán medio vegetado algunos de éstos juglares. De vez en vez tendrían ocasión de renovar el trasnochado repertorio de sus melodías y canciones, oyendo a los juglares andariegos que procedentes de otras tierras y de paso hacia otras ciudades del Norte, habrán cantado ante los corrillos de curiosos en las calles tortuosas y en las mezquinas plazas del Oviedo medioeval, las hazañas del Conde Fernán González, el Infante Don García o mío Cid Campeador.

El artífice que talló la escena de juglaría en la piedra de uno de los más bellos capiteles del claustro de nuestra basílica (en el cuarto ventanal) entrando hacia la derecha) pudo inspirarse en la realidad viva y en el mismo Oviedo.

El excelente dibujo debido al lápiz del genial pintor ovetense D. Paulino Vicente, que acompaña ésta nota, fiel reproducción de las figuras centrales de aquel grupo, nos presenta a uno de aquellos juglares de *Peñola* tañendo su instrumento de cuerda (1); a su izquierda una *soldadera* o *cantadera* descoyunta su cuerpo en una pirueta hábil y elegante, haciendo sonar entre sus manos unas gigantescas castañuelas, digna descendiente de aquellas bayaderas gaditanas que entretenían a los romanos en sus banquetes, y que admiraron Marcial y Juvenal.

La expresión del movimiento, fácil y desenvuelta, mueve nuestra simpatía hacia ésta figura llena de vida, mostrándonos de una manera más que elocuente el arte exquisito del anónimo escultor, que como el Arcipreste supo tener en cuenta que:

«Texedor e cantadera nunca tienen los pies quedos
«En el telar e en la dança siempre bullen los dedos».

JUAN URIA RUI

(1) Este calificativo era empleado para designar a los que escribían poesías destinadas a ser cantadas por otros pero también a los que tañían con pluma, la cítara, bandurria etc. (Vid. M. Menéndez y Pelayo *Rev. Hisp.* XVIII, p. 427).